

¿El Ejército en mi cocina? La inversión del ojo público en los espacios íntimos

Raúl René Villamil Uriarte*

Este artículo surge de un ciclo organizando sobre “Sociedades de Vigilancia y Estado policiaco”, en una serie de encuentros con sociólogos, antropólogos, psicólogos y lingüistas que trabajamos el fenómeno de ser observados y controlados por el ojo institucional del Estado, con todos sus pliegues burocráticos y desde un modelo de corrupción nacional.

Quien lucha contra el monstruo debe cuidar de no convertirse en un monstruo
Federico Nietzsche
Más allá del bien y del mal

Breve historia

“**P**orque los principales fundamentos de todos los Estados, ya antiguos, ya nuevos, ya mixtos, están en las armas y en las leyes, y, como no se conciben leyes malas a base de armas buenas, dejaré a un lado las leyes y me ocuparé de las armas. Empero, las armas con que un príncipe defiende su Estado pueden ser tropas propias, o mercenarias, o auxiliares, o mixtas, y me ocuparé por separado de cada una de ellas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas. Si un príncipe apoya su Estado en tropas mercenarias, no se hallará seguro nunca, por cuanto esas tropas, carentes de unión, ambicio-

sas, indisciplinadas, infieles, fanfarronas en presencia de los amigos y cobardes frente a los enemigos, no tienen temor de Dios, ni buena fe con los hombres. Si un príncipe, con semejantes tropas, no queda vencido, es únicamente cuando no hay todavía ataque. En tiempo de paz, despojan al príncipe, y, en el de guerra, dejan que le despojen sus enemigos. Y la causa de esto es que no hay más amor ni más motivo que las apegue al príncipe, que su escaso sueldo, el cual no basta para que se resuelvan a morir por él. Se acomodan a ser soldados suyos, mientras no hacen la guerra. Pero si ésta sobreviene, huyen y quieren retirarse.”

Nicolás Maquiavelo¹

El Ejército mexicano actual es el resultado de un pacto entre diversos grupos en pugna, que se remonta a los tiempos precolombinos con la llamada Triple Alianza, formada por los reinos de México-Tenochtitlán, Texcoco y Tacuba. Desde esas remotas épocas, la educación militar entre los mexicas dependía fundamentalmente de las castas y de la posición social, siendo la actividad bélica la única manera de movilización estamentaria, con los privilegios propios de su clase guerrera, la cual se dedicaba a los asuntos de la eliminación por vías de las armas del otro, del extranjero, del que amenaza el dominio territorial, la posesión de las mujeres, la constitución institucional del ejercicio del poder.

Cuerpo a cuerpo se invade y se conquista el espacio simbólico, que en el ritual se convierte en tradicio-

* Profesor-Investigador T/C Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

¹ Maquiavelo, N. (2004). *El Príncipe*. Edición original: Florencia, 1513. Edición electrónica: <www.laeditorialvirtual.com.ar>.

nes, como concepto subjetivo y concreto de nación; en el control del territorio que compromete al cuerpo colectivo que ocupa un espacio; en el control de un territorio que dé sentido al yo, al tú, al nosotros, empiezan desde aquí a ser una piedra de toque para entender el poder del Ejército en la actualidad. Esta es la condición del soldado y del guerrero que expone su cuerpo para que la comunidad —esta exposición al riesgo, a la desaparición y a la muerte— lo convierta en un derecho de bienestar y de vida.

Esta tradición de enfrentar a la muerte para tener el derecho de la vida ya es un dato en el llamado Ejército Realista, que se constituyó inmediatamente después de la Conquista. Fue a partir del siglo XVII que la misión de esta agrupación era cuidar el Real Palacio, así como los puntos clave de la frontera y los puertos marítimos. Empero la verdadera organización militar, en forma, con un sistema de defensa y ataque, la organizó el teniente coronel Juan de Villalba en 1766. Ya en esa época precursora de la guerra de Independencia, un grupo denominado los “cuereros”, al servicio de la Corona española y formado por mestizos, sostuvo múltiples batallas y uno de sus destacamentos fue el encargado de detener a Miguel Hidalgo.

La historia de la Independencia, entre una red compleja de situaciones, se deriva de los acontecimientos azarosos que ya estaban siendo provocados por procesos de cambio social que originaron centenares de miles de muertes, fracasos utópicos de una vida mejor, el deterioro español de la Iglesia católica, así como la necesidad de los mestizos de ser independientes y la necesidad de los pueblos indígenas de tener justicia social y política; son eventos que propiamente se condensaron en la creación del Ejército Insurgente, el cual se formó básicamente con un puñado de ex convictos, un centenar de campesinos y artesanos, y los sirvientes más cercanos al padre de la patria, el cual inicia la teología de la liberación en el imaginario religioso que abandera con la imagen de la virgen de Guadalupe la insurrección social.

¿Qué más se necesitaba en esa época para iniciar una gesta independiente?

No obstante, es el primer ejército el que le da estructura y forma a la subversión, después de haber sido fusilados y decapitados Miguel Hidalgo y Costilla, Ignacio Allende, Ignacio Aldama y Mariano Jiménez, lo que, junto con los rituales aztecas, dotó de significación al separar violentamente la cabeza del cuerpo, como una pedagogía, como una didáctica, como una moraleja en donde los mensajes son múltiples, pero ya hablan de la devastación del dominio que soporta la función simbólica del cuerpo y su inefable relación con

las estructuras de poder de la época. La decapitación es en sí misma la crueldad de un régimen que deja sin rumbo, sin razón, al cuerpo del movimiento insurgente representado en estos próceres, en esta masa crítica, en esta comunidad liderada por algunas cabezas².

Con ello asistimos ya a lo que la decapitación significa ahora, pero lo que nos queda claro es que es una práctica que impone el Ejército ante la amenaza de desestabilización, para infringir terror: cortar cabezas colocándolas en las esquinas de la Alhóndiga de Granaditas.

De estas imágenes de denostación del poder y su intransigencia fue que surgió el Ejército Trigarante, resultado de la fusión de las fuerzas armadas realistas con los grupos guerrilleros insurgentes, pero que paradójicamente acabó por elegir al generalísimo Agustín de Iturbide como el primer emperador de México. Le otorgó la cabeza de la institucionalización del país en ese entonces, soportada por el cuerpo de las distintas fuerzas armadas.

El Ejército nacional tomó este carácter por su acción de enfrentar las conflagraciones invasoras de la Guerra de Texas, la de los Pasteles y la invasión norteamericana; pero fue un ejército poco efectivo para el combate, ya que sus superiores estaban más preocupados por ascender en el escalafón militar y obtener puestos políticos, que por defender a nuestro país de las agresiones de los ejércitos extranjeros. Francamente en esta época nos encontramos ante un grupo armado con insignias, ejército de cobardes y traidores, con una pésima escuela militar, con falta de sentido patriótico y sin ética nacionalista. Quien enfrenta a los franceses es el Ejército liberal, en plena guerra de Secesión de EU.

Por otro lado, con esta memoria histórica se da origen al Ejército federal, con los viejos militares liberales y conservadores y con nuevos cuadros que son formados en el reabierto Colegio Militar, que atrae a militares extranjeros, principalmente asesores alemanes. Estamos hablando del Ejército porfirista que impuso un orden dictatorial y se dedicó centralmente a aplastar a los inconformes y opositores al régimen. Ya desde esas fechas la presencia de asesores extranjeros entre los altos militares era una constante para efectivizar la disciplina entre la tropa, y para establecer dispositivos de represión y disolución de las masas.

Un periodo determinante en la conformación de la institución militar contemporánea es el de los llamados ejércitos revolucionarios, que se vuelcan al horizonte de

² González Rodríguez. S. (2009). *El hombre sin cabeza*. México: Ed. Anagrama.

visibilidad a partir de la revuelta maderista de 1910, que dio origen a muchos estrategas militares sin formación castrense, como Francisco Villa, Álvaro Obregón y Emiliano Zapata, quienes, ante el golpe de Estado de Victoriano Huerta, incorporaron en sus filas a militares de carrera, con lo que lograron la debilitación y el fracaso del Ejército federal.

El cuerpo del ejército del Noroeste se formó en 1914 con las fuerzas que combatieron a Pascual Orozco; la famosa División del Norte que lideraba Pancho Villa; el cuerpo del ejército del Noreste del cual surge la Fuerza Aérea Mexicana; el ejército Libertador del Sur organizado por Emiliano Zapata; el ejército Constitucionalista comandado por Venustiano Carranza en 1917.

Es en este momento de alta densidad histórica, en donde se amalgaman diversos proyectos, clases sociales, consignas e identidades regionales, caciquiles y delincuenciales, en una masa crítica de soldados y mandos militares para dar origen a la llamada Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena).

Valga este breve recuento para ir configurando una lectura de la diversidad de procesos históricos y movimientos sociales fuertemente signados por traiciones, asesinatos de caudillos, corrupciones, impunidad y ondanadas de violencia extrema que llegaron a lo inimaginable e impensable, con la propagación del miedo y la crueldad; características de este periodo que marcó severamente a la sociedad mexicana y a la constitución del Ejército y que, al triunfo de la Revolución, institucionalizó las luchas y las revueltas armadas de las diferentes regiones del país, en una sola concepción de la seguridad y de la defensa nacional.

El pacto social del pueblo con el Ejército

Un parteaguas en el imaginario social del Ejército mexicano, es el periodo que deviene de la Revolución mexicana, que lo instauro como un ejemplo de conciliación y que inaugura el discurso oficial del gobierno³, un México pacificado, de imposición de un orden nacional, que da sentido a una organización institucional y a una vida civil garantizada por la seguridad que avala el Estado, soportada por la fidelidad de las fuerzas armadas que ofrecen al poder instituido.

De tal manera que la política se convierte en otra manera de hacer la guerra: con menos costos de vidas, con menos cantidad de muertos. Se reduce la ola vertiginosa de

³ Una clave importante para tratar de hacer inteligible la función real y simbólica del Ejército en nuestro país, va a ser esta relación incestuosa entre las declaraciones oficiales y el quehacer del propio Ejército.

devastación de vidas humanas, pero surgen con más virulencia las técnicas y estrategias de control de los cuerpos, de las mentes y de las almas. La violencia que amenaza a la población en este corte histórico, se envía a los símbolos nacionales, a la bandera, el himno, los mártires, los héroes, y se condensa en la base de las instituciones públicas y privadas⁴.

De aquí, una cuestión central reside en que los diferentes gobiernos priístas siempre han basado su dominio, su fuerza y su poder para gobernar, en el Ejército como fuerza armada, detentadora del poder y de la violencia legítima, y en la Iglesia como dispositivo de sometimiento moral.

En este ciclo de mediana duración histórica, como lo propone el historiador Fernand Braudel⁵, podemos suponer un pacto de la institución militar que respalda la legitimidad del gobierno y que avala la sociedad posrevolucionaria, con las desviaciones paramilitares y perversas que el mismo Ejército genera en el subterráneo del país.

El Ejército y su función social

La función de superficie de medios de comunicación, prensa escrita, medios electrónicos, televisión, radio y prensa oficial de la Sedena, se ha encargado explícitamente de difundir la función social del Ejército y de ocultar sistemáticamente su labor de represión y generación de miles de muertes.

De tal manera que éste representaba básicamente tres funciones en el discurso oficial, una vez “desactivadas” las guerras intestinas que se daban a lo largo del país⁶: la responsabilidad de hacerse cargo de la seguridad nacional, de la solidaridad con la población ante desastres y catástrofes naturales, sismos, incendios de bosques, selvas, huracanes, inundaciones, encomiendas que han sido retomadas por lo que se ha dado en llamar el Plan DNIII, así como el resguardo de las instituciones estratégicas, como las de salud, eléctricas, de energía y las de la representación presidencial.

⁴ Aunque realmente no paran los asesinatos, la desaparición, la tortura y los secuestros, pero ya en el mundo de lo clandestino, del aval presidencial, de la justificación oficial del cinismo, que convalida la llamada estabilidad del país.

⁵ Braudel, F. (1989). *Una lección de Historia*. México: FCE.

⁶ Guerras intestinas del norte, del noroeste, del noreste, del centro, del sur, del sureste, que realmente bajaron su intensidad y se fugaron a la clandestinidad de una “calma chicha”, en espera de que se cumplieran acuerdos y tratados que básicamente pedían justicia y bienestar en todos los ámbitos: educación, salud, trabajo, libertad de pensamiento, de tránsito, de culto.

Estas funciones son las que el Ejército tiene que cumplir. Pero como es sabido por todos, de acuerdo con las necesidades del presidente en el poder, el Ejército hace funciones que no están establecidas por la Constitución mexicana, ya que las negociaciones y acuerdos que lo mantienen históricamente como un fuerte actor político, le conceden privilegios y canonjías que le facilitan hacerse cargo de otras actividades muy por encima de las que legalmente está facultado, como las de espionaje, las de secuestro, tortura y desapariciones, con una deriva que son las brigadas blancas, los grupos paramilitares, la intervención directa en el narcotráfico y la corrupción del tráfico de armas, así como el hostigamiento hacia las comunidades campesinas.

La traición del pacto

Precisamente estas funciones no establecidas en la Constitución han sido y son las que mayores dividendos de impunidad y de poder le han dado a esta congregación militar. Con el pre-texto de amenaza permanente de un golpe de Estado o de la protección nacional en contra de la delincuencia organizada, en los últimos sexenios la plataforma política del Ejército ha tomado las riendas y resortes de la vida pública, privada, de las calles, de la libertad de tránsito, de las carreteras, de los poblados, de las ciudades, y de todos los intersticios del territorio nacional.

Tal vez esta incidencia en los asuntos públicos y privados siempre la ha tenido, nada más que en las últimas décadas ha sido de manera más visible y siniestra.

Es con los inicios del periodo posrevolucionario y con la presencia del PRI que se genera un proceso de complicidad delincencial entre las esferas del gobierno en turno y los generales de cinco estrellas encargados de sostener la impunidad y la violencia que caracteriza al Estado.

La fuerza del poder político se revierte contra las comunidades de base que le dan origen y se genera desde hace ya casi un siglo, un proceso de desmantelamiento de cualquier tipo de oposición al régimen, que clausura cualquier otro proyecto de nación que no sea el hegemónico, mediante la represión que se materializa permanentemente en la población civil de cualquier índole, bajo el argumento del soldado asesino que dice: “estamos en el cumplimiento del deber, sólo cumplimos órdenes”.

Existen infinidad de hechos, datos documentados y experiencias inadmisibles de una multiplicidad de comunidades, de poblaciones, de ciudadanos, de campesinos, de estudiantes, de obreros, de familias, que a lo largo del

tiempo han sido testimonios vivientes de la agresión de los soldados a su integridad humana y a sus valores sociales, que sustentan la vida entre vecinos, entre nosotros, y que atestiguan cómo el Ejército nos dispara a mansalva a todos de manera aleatoria.

La “guerra sucia” o la “guerra de baja intensidad”

En los años sesenta y setenta, el horizonte de visibilidad de la devastación que el Ejército venía instrumentando en la sociedad mexicana, tomó tintes de un etnocidio dirigido a las comunidades de base que sostenían la guerrilla. Es una etapa que se caracteriza por la presencia de las dictaduras latinoamericanas –Argentina, Chile, El Salvador, Nicaragua, Guatemala, Paraguay, Haití, entre otros países– que atrajeron cientos de militares fascistas, quienes después de la Segunda Guerra Mundial se refugiaron en todos esos países para fungir como asesores de Estado.

Nuestro país, como ya lo señalé más arriba, no estuvo exento de estos personajes que fueron contratados para tutorear la represión en contra de los estudiantes, obreros y campesinos. El Ejército mexicano, en ese momento, nos mostró una vez más su formación ecléctica, sus múltiples compromisos y sus diversos cinturones de fuerza que lo determinan y controlan desde el exterior, ya que se mantiene infiltrado por el Pentágono, la CIA y la DEA. La historia del Ejército mexicano en su complejidad presente no se podría entender sin una permanente intromisión del Ejército norteamericano.

Es un momento de concentración de contradicciones, de conciencia de clase, de educación y de pedagogía del oprimido, en donde personajes como Rubén Jaramillo (1900-1962), Lucio Cabañas (1939-1974) y Genaro Vázquez Rojas (1931-1972), como líderes de las guerrillas de Morelos y Guerrero, son asesinados arteralmente por el Ejército mexicano, aunque se diga lo contrario.

Si bien es cierto que la institución armada desde su fundación ejecuta órdenes presidenciales de exterminio y de desaparición de los grupos armados que forman parte de las guerrillas, amparados por el estatuto de violencia legítima, este periodo de la “guerra sucia” o de la “guerra de baja intensidad”, no es atributo exclusivo de los años sesenta y setenta, más bien es una estrategia que durante la historia moderna de este grupo armado, institucionalmente se ha utilizado para desmembrar a la sociedad que, de manera latente, ya tiene un proyecto de cambio social radical.

Otro México circula en las cañerías del sistema, entre los puntos suspensivos del discurso oficial, en los jóvenes sin futuro que prefieren enlistarse a las filas de la milicia; a pesar de todo lo anterior o por eso, ya en esta etapa del proceso histórico mexicano, empiezan a aparecer los jóvenes como una población sin futuro, sin proyecto, sin pasado, impugnando al México de los adultos, con reverberancias internacionales, con la contracultura del rock, del hippismo, de las comunas sexuales, de las pedagogías alternativas y de sus correspondientes mecanismos de represión en el año de 1968 en muchos países, donde con la vida de los jóvenes quisieron detener el porvenir, ¿quién lo sabe?

Entre otros grupos disidentes, los jóvenes son representantes de una gran franja de la población que vive cotidianamente con la amenaza permanente y real de desaparición, ello aunado al proyecto militar de exterminio.

No obstante, denuncian en las manifestaciones tumultuarias, en su irreverencia, con su fracaso escolar, con los miles y miles de muchachos que son lanzados a su indefensión en las calles, en el centro de las familias, en las relaciones de pareja, en la oposición al *statu quo* o en clandestinidad, la ferocidad del Estado mexicano en su contra, la cual durante varios regímenes se llamó, en una burda copia norteamericana, la guerra en contra de los “comunistas”.

El conservadurismo de las clases en el poder, de los empresarios, de la Iglesia y de los intereses extranjeros representados, se vierte en en el Ejército, volviéndolo su brazo armado.

La masacre de Tlatelolco

La información y el conocimiento de lo que sucedió el 2 de octubre de 1968, sólo se debe a la lucha encarnizada que ciertos sectores de la sociedad civil nos han heredado, a 42 años de la masacre. Esto constituye una conquista y una vergüenza que nos muestra una vez más la corrupción y complicidad del Estado con sus fuerzas militares, con el hermetismo y sistema de privilegios secrecionales que él asimismo le ha concedido al Ejército. Miles y miles de hojas y de tinta se han derramado en la memoria colectiva en un afán por entender qué pasó, en un intento de elaboración del trauma generacional que nos aqueja como país, como comunidad, como ciudadanos que intentamos inventar futuros.

El Batallón Olimpia, su cirugía al tejido social, la matanza a mansalva, su ferocidad, su relación esquizofrénica con el Ejército, son en síntesis un ejemplo de pedagogía del

terror que en las épocas presentes todavía no alcanzamos a comprender lo siniestro de su moraleja.

No conforme con lo anterior, el gorilato de Díaz Ordaz se extiende al mandato de Luis Echeverría con los Halcones, que provienen del Pentatlón, de algunas esferas del Colegio Militar y de los porros que en esa época azotaban las escuelas politécnicas y las prepas, principalmente la Popular. Es en 1971 la vuelta de la tuerca, un aviso más de que estamos en la dictablanda.

Nos encontramos en un espacio dilatado del panorama mexicano de inconformidad y resentimiento. Las guerrillas y sus comunidades de base devastadas, la Liga 23 de Septiembre bordeando entre lo delincuencia y lo revolucionario al lado del Partido de los Pobres, Ruta 100 y el Partido Comunista Mexicano, fueron imanes de atracción del proyecto militar del Ejército mexicano, para propiciar la devastación, la violencia y la muerte de miles de personas colocadas en esa posición.

Organizaciones como las que ya señalamos —el Batallón Olimpia, los Halcones, las Brigadas Blancas, el Pentatlón y el INJUVE, junto con los estrategas del Colegio Militar—, en esta época clonaron y mimetizaron al Ejército como una fuerza de represión encargada, en el contexto de las dictaduras latinoamericanas, de imponer ejemplos de pedagogía del terror, que impactaran la conciencia nacional.

Este acontecimiento sienta las bases de los atentados violentos solapados o propiciados por el Ejército, en fuerte complicidad con las autoridades del Estado. Me refiero a las matanzas de miles de mujeres en Ciudad Juárez desde 1980 y hasta la fecha, de Acteal, Aguas Blancas, los Bosques, de San Mateo Atenco, y de los movimientos sociales en Oaxaca desarrollados por la APPO, en los cuales por omisión o complicidad, el Ejército es culpable por su no intervención directa para detener estos conflictos.

El terremoto de 1985

El movimiento telúrico del 19 de septiembre de 1985 fue devastador no sólo por el daño que generó en las estructuras de construcciones monumentales, como en varios edificios departamentales de la clase media; por los daños producidos a las instituciones de gobierno, en donde hospitales del IMSS mostraron con el sacudimiento su fragilidad de soporte político; o por, principalmente, el daño que ocasionó a las casas más humildes del país, que representan a la ciudad de México; sino por la debacle psicológica que ocasionó en las representaciones sociales del sujeto común, pues literalmente, así como caían las casas y las torres de

Tlalteloco, se derrumbaron las nociones de tiempo y espacio, de objetividad y de lugares concretos de referencia; se hizo añicos el volumen de las cosas, la profundidad.

De inmediato, esta situación traumática generalizada provocó la autogestión, ya que no sólo se habían caído las estructuras de concreto, sino, a su vez, las instituciones que soportan las ansiedades psicóticas de los sujetos. Sin servicios de socorro, sin energía eléctrica, sin agua, sin alimentos, sin un techo, sin un dominio, sin un territorio, la sociedad sacudida se autogestionó. Durante 15 días, la sociedad del Distrito Federal tomó en sus propias manos el proceso en la que estaba metida.

El Ejército, con su famoso Plan DNIII, de manera violenta y autoritaria se introdujo en la catástrofe, interviniendo en la autogestión de los ciudadanos, en el rescate de sus muertos, de sus heridos, de sus pertenencias. Literalmente se habían caído no sólo las construcciones y los edificios, sino que también se colapsaron las instituciones de salud, de educación, de rescate, las policíacas, las gubernamentales y la presidencial. De tal forma que la presencia del Ejército entre los escombros trajo consigo la heterogestión, porque la situación era de efervescencia caótica, lo que en cualquier momento podía derivar hacia un movimiento social de violencia y descontento.

Los dispositivos del secuestro, tortura y desaparición

El fenómeno delincencial que afecta todos los intersticios del territorio nacional, así como la violencia y crueldad que día a día nos conmueven y no nos dejan de sorprender con la capacidad de ir más allá de lo siniestro, es un flagelo que tiene como antecedente lo que el Ejército históricamente ha puesto en escena en las comunidades agrarias y en las ciudades. Ya mencionamos brevemente la devastación que ha ocasionado y sigue propiciando la llamada “guerra sucia”, la que no se ha detenido en ningún momento, ya que sigue siendo un dispositivo estratégico que se aplica a la población abierta, con el propósito de control y sometimiento a un Estado social establecido.

La tortura, el secuestro, las desapariciones, son dispositivos que durante décadas se han sembrado en el imaginario social, como mecanismos de amedrentamiento y de propagación del terror, y que en las últimas décadas han sido expropiadas del Ejército, para generar un sistema más abyecto e insoportable de terror cotidiano. No quiere decir que el Ejército no las siga aplicando, más bien, las técnicas se han sofisticado hasta el límite de lo impensable.

La tortura, el secuestro, las desapariciones, el hostigamiento a la familia, las llamadas por teléfono, ahora han llegado a la expresión pública: cuerpos decapitados, desmembrados, calcinados, entambados, colgados, en un espectáculo indescriptible a la vista de todos.

El sistema simbólico que se articula en el cuerpo humano sigue siendo el blanco del terror y de la propagación del miedo, la fragilidad y la vulnerabilidad que pende sobre la libertad del libre tránsito y sobre el derecho a la privacidad; y se encuentra fuertemente cuestionado ante esta ola de violencia social e institucional que se genera desde las altas esferas de la Sedena y que se pone de manifiesto en cada uno de los retenes que invaden las carreteras y las ciudades de nuestro país.

Estos dispositivos de control, de vigilancia y de interferencia del libre paso, como analizadores del poder y de la impunidad, han producido una larga lista de asesinatos, hombres, mujeres y niños, en donde los soldados, afectados por las drogas y la disciplina de someterse a las órdenes de disparar ante cualquier situación que no esté dentro de su percepción de control, han hecho visible la verdadera intención de la institución militar: disparar a la población abierta, imponer ejemplos de paranoia y de multiplicación de las espirales de terror.

Si el Ejército ocupa con su presencia prácticamente todo el territorio nacional, ¿cómo explicar la imposibilidad de esta institución para detener y paliar la violencia?

La homosexualidad en el Ejército y la pederastia en la Iglesia

Existen una serie de correspondencias entre la comunidad sectaria del Ejército y la Iglesia, tal como lo señaló el padre del psicoanálisis Sigmund Freud⁷. Sobre todo en lo que se refiere al encierro, al encuartelamiento y al seminario, predominantemente de puros hombres, aunque a últimas fechas es notoria la presencia de mujeres en el Ejército. No obstante, la cuestión de las preferencias sexuales en estas instituciones es en sí misma una granada de fragmentación. En el caso de la Iglesia apenas empezamos a saber de la magnitud del cisma que ha provocado durante siglos la clausura de la sexualidad, por los sucesos con los curas pederastas, que se apoya en preferencias homosexuales. En el caso del Ejército, no se escapa a los efectos del encierro entre

⁷ Freud, S. (1973). *Psicología de las masas y análisis del yo. Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.

“puros hombres”, en donde las relaciones homosexuales son cosas de todos los días, obviamente ocultadas y disfrazadas por los altos mandos, quienes también expresan estas preferencias sexuales.

De tal forma que, ante el contagio del SIDA, la institución militar no pudo contener entre los muros de sus cuarteles la virulencia del contagio, lo que tarde que temprano sacó a la luz el gran número de soldados contagiados, sargentos, tenientes, capitanes, coroneles, mayores y generales afectados por la enfermedad. ¡Un gran escándalo!

La manera de responder de la institución primero fue desconocer el problema y después dar de baja a todo aquel que se manifestara como enfermo, negando ayuda médica, pago de medicinas y retrovirales, y en muchos casos además se les despidió sin mediar ninguna remuneración.

Otra cuestión por demás importante es cómo estas sectas religiosas y militares tienen sus propios sistemas de justicia interna, al amparo de la mirada pública: ellos mismos cometen delitos y ellos mismos se juzgan, juez y parte, la clave de la impunidad que por siglos han gozado, con toda la perversión que entraña.

La corrupción y la impunidad (general Jesús Gutiérrez Rebollo)

Otro capítulo de la corrupción del Ejército es el del general Jesús Gutiérrez Rebollo, comisionado por el Estado y el Ejército para combatir al narco, quien resultó ser el líder oficial del cártel de Amado Carrillo Fuentes (el Señor de los Cielos) desde el desaparecido INCD (Instituto Nacional de Combate a las Drogas). Esto deja ver una vez más la penetración que la delincuencia organizada del narco tiene y mantiene en el Ejército mexicano desde hace ya varias décadas.

Este caso es lo que la opinión pública conoce, pero ¿hasta qué punto está infiltrado el Ejército? Pongamos la pregunta en su sentido contrario: ¿a qué grado llega la corrupción del Ejército, que son ellos mismos los que han ocasionado estas formas de delincuencia? De la misma manera que los jefes de grupos delincuenciales son policías judiciales en activo⁸, los militares pasan en vehículos

⁸ En los años cincuenta del siglo pasado, más o menos teníamos la certeza de que los “malos” eran delincuentes inadaptados, que se habían echado a perder por todos los argumentos sociales y familiares que la psiquiatría y la psicología podían explicar. Teníamos claro que los “buenos” estaban de parte de nosotros, que nos protegían, y a lo más nos enterábamos que ex judiciales o ex militares formaban parte de bandas delincuenciales, una vez que eran expulsados o renunciaban a este trabajo,

militares droga a Estados Unidos. Todos lo sabemos, no es nada nuevo, pero sobre esta perogrullada nos atenemos al simulacro del Estado en su guerra contra la delincuencia.

No nos hagamos pendejos.

1994, la aparición del EZLN y el Tratado de Libre Comercio

Lo que realmente se globalizó en 1994, con el Tratado de libre Comercio, fue el miedo, lo que se articuló con la salida a la luz pública del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Decía José Emilio Pacheco: “El primero de enero nos despertamos con la idea de ser ciudadanos del primer mundo, pero volteamos la cara y retrocedimos cinco siglos”.

La cantidad de soldados enviados a Chiapas hizo de esta zona de la República Mexicana un verdadero conflicto demográfico por la invasión para cercar el conflicto; las repercusiones en términos culturales, económicos, políticos, sociales y etnográficos a la fecha todavía no se han podido evaluar. La presencia militar transformó radicalmente las costumbres, la cotidianidad, y amenazó de manera directa los valores culturales y autóctonos de los cientos de comunidades indígenas que habitan la región. Se incrementó el consumo del alcohol, las drogas, la prostitución y, de manera inefable, se trastocó la estructura de usos y costumbres tradicionales de las comunidades y pueblos de esta parte de la República.

El ingreso al Tratado de Libre Comercio de entrada planteaba ciudadanos globalizados en el manejo del inglés, de habilidades intercambiables entre los tres países, así como en el terreno laboral de las tecnologías de punta y en la movilidad social que pudiera desarrollarse. En ninguna de estas posibilidades de intercambio caben los pueblos indígenas, por lo que desde un principio están excluidos de este Tratado, y el Ejército, con una estrategia calculada y fría, se dio a la tarea de exterminarlos.

Las masacres de Acteal, de los Bosques, de Agua Blanca, son, entre decenas de ejemplos, muestras de la política de exterminio que el Ejército mexicano y sus grupos paramilitares han ejecutado en estas comunidades.

y se pasaban al otro lado; ahora son los mismos que en plenas funciones de policías y militares, al mismo tiempo, o por lo mismo, ejercen liderazgos en la delincuencia organizada, que evidentemente ellos mismos han producido desde el fuero que los enviste como autoridad.

Tal vez una de las claves de la aparición de nuevos grupos guerrilleros en esta zona, como el EZLN, el EPR y el ERPI, responda a esta estrategia histórica del Estado en contra de estas poblaciones ubicadas centralmente en Michoacán, Guerrero, Oaxaca y Chiapas.

El ombudsman del Ejército

A pesar de todo lo descrito, existen militares del Ejército que han tratado de rescatar la credibilidad y la ética con la que éste actúa. Es el caso del general José Francisco Gallardo, entre otros, quien fue el principal interesado en que se creara la figura de un ombudsman que pudiera evaluar, fuera de los tribunales militares, la violación de derechos humanos que esta institución genera en contra de la población civil. Una de las abogadas defensoras de esta causa fue asesinada en circunstancias hasta ahora oscuras, turbias y no aclaradas; me refiero a la luchadora social Digna Ochoa.

El general Gallardo publicó su tesis sobre este tema en la revista *Forum*, que fue duramente perseguida y demandada por los abogados de las fuerzas armadas, atacada y ultrajada en sus propias oficinas, robándoles expedientes e información básica para el sustento del caso.

Hasta la fecha seguimos esperando, ¿cuándo?, ¿hasta que los mecanismos de la justicia civil puedan intervenir en la violación de derechos humanos de personas y comunidades, atacadas y victimizadas por el Ejército mexicano, sin ninguna consecuencia legal en su contra? ¿Cuándo veremos a militares juzgados por la justicia civil?

El Ejército en la calle

El Ejército, en su historia reciente, tiene 12 años en las calles de las ciudades y poblaciones a lo largo de todo el territorio nacional. En primer lugar, el Estado justifica su presencia militar en la vida cotidiana, debido a que la Policía local y judicial han sido rebasadas por la delincuencia organizada. Pero lo que se manifiesta de una manera determinante es el poder y los privilegios que el Ejército siempre ha tenido desde su constitución como ejército nacional, ahora con más poder político y con más control e influencia sobre los asuntos civiles que nos competen a todos los mexicanos. Las fuerzas armadas han tomado en sus manos todos los pliegues e intersticios del acontecer nacional. No existe actualmente en el país un solo tema que no corresponda a la intromisión del Ejército, en asuntos económicos, sociales, internacionales, culturales, religiosos, de preferencias

sexuales, de consumo de drogas, de tráfico de armas, de explotación sexual de menores y de mujeres, etc.

De tal forma que, en las épocas más recientes, desde 1968 con Díaz Ordaz, a la fecha, el Ejército empieza a tomar posiciones estratégicas en el gobierno y el control de los ciudadanos. Se ha convertido en un actor político fundamental para la toma de decisiones de alto nivel en el país. Ejército y Poder Ejecutivo, de manera explícita o latente, han establecido una lógica de complicidad y de alianzas para la represión violenta de los grupos inconformes, para la disciplinización del ciudadano común, con base en el uso indiscriminado del poder bélico, aleatorio, en contra de la población abierta.

Desde hace varias décadas estamos asistiendo a un estado de sitio *de facto*. La élite militar no tiene que declarar abiertamente la toma del gobierno, como sucede con las dictaduras militares latinoamericanas, como lo hizo, por ejemplo, Augusto Pinochet, ante el golpe de Estado que realizó en contra de Salvador Allende en Chile, cuando declaro ante los medios electrónicos la toma del ejército de la presidencia. Aquí el golpe de Estado se ha venido fraguando poco a poco, pero no por esto ha dejado de ser menos eficaz, contundente y violento, además de que ya ha costado miles y miles de muertes de fuego cruzado, consideradas por el actual presidente como debidas a que en la mayoría de ellas los cadáveres estaban involucrados con la delincuencia, el narcotráfico y los sicarios.

Como decía, la “guerra sucia” no ha cesado, continúa por otras vías, con otros argumentos, pero se sigue disparando a quemarropa en contra de la población civil. El Ejército tiene que justificar el uso de las partidas secretas que se asignan, además de ser la institución del Estado con más presupuesto.

La Comisión Nacional de Derechos Humanos y el Presidente

Durante la gestión del doctor José Luis Soberanes al frente de esta Comisión, se puso al descubierto su incapacidad para representar una postura ética ante la sociedad, así como su sometimiento grotesco a las órdenes del presidente en turno, ya que tuvo que enfrentar muchos casos de violación de los derechos humanos por parte del Ejército y siempre fueron encubiertos, solapados y manejados de una manera turbia y en abierta complicidad con su jefe, Felipe Calderón Hinojosa.

En el asesinato y violación tumultuaria de Ernestina Ascención Rosario, en su propio decir antes de morir

y en el peritaje forense que se le realizó, se comprobó la agresión de la cual fue víctima por parte de soldados del Ejército, lo que provocó una declaración inmediata del Presidente de la República, quien dijo que la indígena de 72 años había fallecido de una úlcera y no de una violación tumultuaria por parte del Ejército. Así como estos eventos, existieron miles, en donde la posición del ombudsman del país siempre fue siniestra, hasta el punto de tomar partido en términos del aborto, los matrimonios entre homosexuales y lesbianas, así como en cuanto al tema de la adopción de niños por parte de estos matrimonios. De una fuerte tradición religiosa, el representante de la defensa ciudadana en contra de las arbitrariedades de las autoridades —una de las dependencias con más presupuesto en el mundo, con respecto a sus similares, y en la cual se invertía una buena cantidad de dinero en el chef y la cocina personal del ombudsman— solamente ayudó a que el Ejército, entre otras cosas, siga gozando de impunidad.

Los últimos acontecimientos y lo inimaginable

En el contexto social de lo inexpugnable existen acontecimientos que se registran en el imaginario social como eventos que nadie puede imaginar y que van más allá de lo que los poetas, los pintores, los músicos y los niños pueden imaginar. Como decía Cornelius Castoriadis, lo imaginario no es lo que imaginamos, es un magma de significación que baña de sentido a la sociedad, que va más allá de lo pensado, de lo que suponemos, que está dado para cada momento histórico y tocado irremediamente por el azar.

El accidente de la historia es la decapitación de cabezas en una plaza pública, es el asesinato a mansalva de niños cruzando un retén militar; el tiempo imprevisto de correspondencia entre tiempo y espacio es presente y lanza hacia el porvenir un proyecto de futuro. Por eso el presente es tan violento.

Para los fines de este artículo no me voy a detener en los miles de asesinados en los últimos sexenios, eso se lo dejo a los amantes de los datos duros, quienes, por cierto, no hacen hermenéutica de las cifras, sólo se dedican a acumularlas y por sí mismas hablan. Pero, ¿qué significan? ¿Podemos construir lecturas de la situación para tratar de hacer inteligible el panorama de violencia y crueldad que nos avasalla, o todo son cifras?

¿Cuál es el proyecto del Ejército en las calles de todas las ciudades del país? ¿Cómo entender que la población más peligrosa del mundo es Ciudad Juárez, por encima de

Pakistán, Irak o Afganistán, siendo la más militarizada de nuestro país, o es por eso?

Decía el epistemólogo francés Gastón Bachelard que “los dispositivos producen los fenómenos que desean observar”. Si quieres producir violencia, mete miles de militares en una región y observarás lo que produces.

Tal es el caso reciente de la masacre en Ciudad Juárez, en donde fueron asesinados jóvenes estudiantes que celebraban su triunfo deportivo en una colonia de interés social. Los 14 jóvenes masacrados, que inmediatamente fueron identificados por el Presidente de la República como involucrados con la delincuencia organizada, tenían entre 17 y 25 años de edad, pero para el Presidente se merecían lo que les había pasado por estar involucrados en este ambiente.

Las mujeres fueron separadas. Los sicarios no eran mayores de 15 ó 17 años: jóvenes matando jóvenes; sólo quedaron refrescos y hot dogs regados en una casa deshabitada en donde se hacía una fiesta. Adultos liderando asesinatos de un proyecto de adolescencia, imponiendo violentamente otro, acribillando a sus compañeros generacionales.

¿Cómo puede indolentemente decir un enano en la Presidencia que se lo merecían porque estaban involucrados en el narcotráfico?

Y como dicen los abogados —de manera estúpida— aceptando sin conceder: ¿ese es el futuro que se merecen nuestros jóvenes ante la devastación de las instituciones y el Estado mexicano?

Sicarios o víctimas inocentes, ¿qué sucede con un país que está asesinando a sus jóvenes fuera de todos los esquemas institucionales, en un resquebrajamiento del Estado y de sus instituciones?

Como siempre, no hay ninguna persona detenida. Nos estamos enfrentando al sistema de videovigilancia, de recompensas, de imágenes que todos podemos ver en los noticieros televisivos, tendenciosos y manipuladores; pero de todas maneras la imagen y su significado se escapan de la estupidez de un Joaquín López Dóriga, o de un Loret de Mola, y de los retardados mentales de Televisión Azteca ni hablar. Los medios electrónicos no producen la violencia social que afecta el país, pero sí con sus apologías la potencian. Con su estructura narrativa melodramática generan vertientes pedagógicas de una educación sentimental del mexicano que se está acostumbrando a la violencia, haciéndola natural e incorporándola a su vida cotidiana como algo que pasa, y nadie lo puede evitar.

¿Qué decir de los retenes militares expandidos en todo el territorio nacional?

Los retenes, que deberían de encargarse de prevenir a las comunidades de atentados a su tranquilidad, de prevenir actos delictivos, son precisamente un punto de análisis en la descomposición del Ejército, cuando son ellos mismos los que atentan contra los ciudadanos comunes y corrientes, sin que les importe absolutamente la presencia de niños.

El asesinato inmisericorde de niños⁹ es también un dato, un ejemplo, una imagen de que al Ejército no le importa nada en cuanto a su adiestramiento disciplinario y estúpido. Dentro del cual la obediencia, su drogadicción y la devastación institucional de su ética, no le impiden a cualquier soldado disparar en contra de quien sea. Se ha perdido la capacidad de discriminación en el soldado raso, en el sargento, en el teniente, en el capitán, en el coronel, en el mayor y, por supuesto, en el generalote cinco estrellas.

Hay una correspondencia en la espiral de la devastación institucional y humana de los ciudadanos mexicanos con otro tipo de violencia de las sociedades modernas de vigilancia y los Estados policíacos, como en el caso del futbolista Cabañas, en donde todos pudimos ver quién le disparó. Sabemos por las imágenes quién fue, cómo se llama, pero las cámaras y las imágenes que identifican fehacientemente a los asesinos, en lugar de ayudar a las autoridades a hacer justicia, denuncian imágenes de por medio donde la impunidad es más explícita. La pedagogía del terror nos indica que sabemos quiénes son, cómo se llaman, cómo actúan, qué armas traían, qué índices de crueldad desarrollan y nadie hace nada.

Pura propagación del terror.

El Ejército y la intromisión en las universidades

Este artículo surge de un ciclo organizado sobre “Sociedades de Vigilancia y Estado policíaco”, en una serie de encuentros con sociólogos, antropólogos, psicólogos y

⁹ Hablar del Ejército mexicano que asesina impunemente a niños es todo un tema. ¿De qué se trata? No es la primera vez y desgraciadamente no será la última, en que la idea de propagación del terror en la sociedad mexicana está fundamentada en estas acciones. Tocar a la población civil en lo que llaman fuego cruzado es un tema, pero matar niños es definitivamente un acto de violencia que no deja discusión. Los soldados que disparan están drogados, adoctrinados, corrompidos, lo que sea, y sólo demuestran con estas acciones su enfermedad mental, su psicosis. Ese es el Ejército mexicano en su complejidad. Están hechos mierda.

lingüistas que trabajamos el fenómeno de ser observados y controlados por el ojo institucional del Estado, con todos sus pliegues burocráticos y desde un modelo de corrupción nacional.

Pero soy testigo de dos casos en donde el Ejército, en asociación con la Policía federal y local, sin orden de cateo, y por llamadas anónimas, entraron a domicilios particulares a hacer revisiones intimidantes, en lo que se ha dado en llamar denuncias anónimas.

Un primer dato que llama la atención es la denuncia anónima, cómo en la hermenéutica del Ejército se interpreta o se usa esta figura del lenguaje.

¿Quién potencia con el anonimato la posibilidad del Ejército para irrumpir en un domicilio privado? ¿Qué faculta en nombre de lo anónimo la posibilidad de irrumpir en lo íntimo?

Creo que es básicamente el tema de lo anónimo lo que faculta al Ejército a inmiscuirse en la vida personal, en los espacios íntimos, en los mundos privados. El Ejército por definición es anónimo¹⁰.

La intromisión del Ejército en la Universidad de Tamaulipas, sede Reynosa, también se dio por una llamada anónima¹¹, en donde tuvieron a todos los estudiantes detenidos por varias horas. Después de que llegaron a la universidad varios sujetos armados que detuvieron a los universitarios, una vez que el rector dio aviso a la Policía, llegó el Ejército y los detuvieron por varias horas, los identificaron, los catearon y después de mucho tiempo los dejaron ir.

Nuevamente y como lo caracteriza, el Presidente de la República Mexicana declaró de manera precipitada que los fallecidos en el campus universitario del Tecnológico de Monterrey eran sicarios (que se lo merecían), y luego de las investigaciones resulta que fueron asesinados dos estudiantes de posgrado, maestría y doctorado, en otro de los miles de fuegos cruzados; todavía no sabemos quiénes eran los contrincantes ni cuántos son los detenidos. Otra estupidez que mata gente civil y que de entrada fue relacionada con personajes del crimen organizado.

¹⁰ En la playa de Zipolite, Oaxaca, un soldado violó a una mujer de nacionalidad francesa. Ella denunció el hecho y, después de mucho pelear y resistir la negación del presidente municipal y del gobernador, logró que en el campo militar se formara toda la tropa para que ella identificara a su agresor. Ante tres mil soldados uniformados, del mismo tamaño y talla, supimos de la mayoría de un cuerpo militar que con el uniforme gozan de anonimato.

¹¹ Cabe señalar que la información por radio al mismo tiempo daba la cifra de mil 519 homicidios en febrero del 2010.

Tengo claro que estoy hablando de dos meses a la fecha, si pudiera registrar en un artículo como éste toda la impunidad y la producción de violencia del Estado mexicano, tendría que recabar datos en varios volúmenes, con miles de cuartillas, para documentar la infraestructura de impunidad que soporta al Estado mexicano desde hace varias décadas. No es Felipe Calderón Hinojosa, es el sistema que heredó con toda su ilegitimidad e incompetencia; nos enfrentamos a un personaje acomplexado e ignorante del acontecer nacional.

Reflexiones finales

Las verdaderas intenciones del Ejército ante el poder desmedido que se le ha otorgado, por el miedo de los distintos presidentes, ha permitido que éste salga de su cuartel. No es la lucha contra la delincuencia organizada ni la violencia inusitada que se da en todos los estados del país, es una concesión histórica que por su incapacidad y falta de autoridad el gobierno ha concedido al Ejército para que no dé un golpe de Estado y para que, en complicidad, se encargue del control social del país. En contraposición, es la institución militar, junto con la corrupción de los cuerpos policiacos, la que ha propiciado la delincuencia organizada; son los ex militares o los militares en función, los ex policías o los policías en activo, los ex judiciales o los judiciales en activo, los que han dado paso a la llamada delincuencia organizada. Basta hacer memoria para saber de dónde proceden los grupos de élite del Ejército que ahora se independizaron de los mismos, por recibir una mejor paga de los narcotraficantes y que se llaman los Zetas, un grupo que fue concebido por los mismos militares.

De estas perversiones institucionales de la organización militar surge la violencia incontrolable que ellos mismos han generado históricamente, para poder tomar las calles. Todo este panorama ha sido calculado, quiero decir que existen los accidentes y el azar que, por más que quieran controlar, se les salió de las manos; pero desde la guerra de Independencia y la Revolución Mexicana, las cabezas decapitadas del cura Miguel Hidalgo y de Francisco Villa puestas en charola de plata, no han dejado de rodar.

¿Qué decir del personaje inefable de García Luna? ¿Qué representa en el Sistema de Seguridad Nacional Genaro García Luna?

No sabemos qué componendas y compromisos ha establecido con el Ejército mexicano. No sabemos qué

cola le cuida al Presidente. No tenemos idea de lo que ha realizado en la zona oscura de la clandestinidad. Así como con la Iglesia pederasta todavía no sabemos la magnitud de la grieta ni el abismo que pisa, con el Ejército mexicano todavía no nos hemos hecho una idea de la devastación humana, de pareja, institucional, infantil, comunitaria y social que ha propiciado a favor del estado social de ser las cosas.

Sustento arraigado en el asesinato, la desaparición, la tortura y las formas más abyectas de descender a los abismos podridos del sistema social de vivir la vida. Aquí cualquier sujeto pierde la capacidad de ser uno, ante las cloacas de corrupción del otro.

La violencia y las muertes que propicia el Ejército en pleno uso de sus facultades mentales, su sentido y su intencionalidad, son en sí mismas una pedagogía del terror, con una didáctica, con una lógica educativa, con un paradigma, con un proyecto y con una moraleja; control social a partir de la exaltación de la muerte accidental, de la víctima propiciatoria, del ciudadano aleatorio del aeropuerto que en la aduana le toca de pura casualidad el semáforo en rojo.

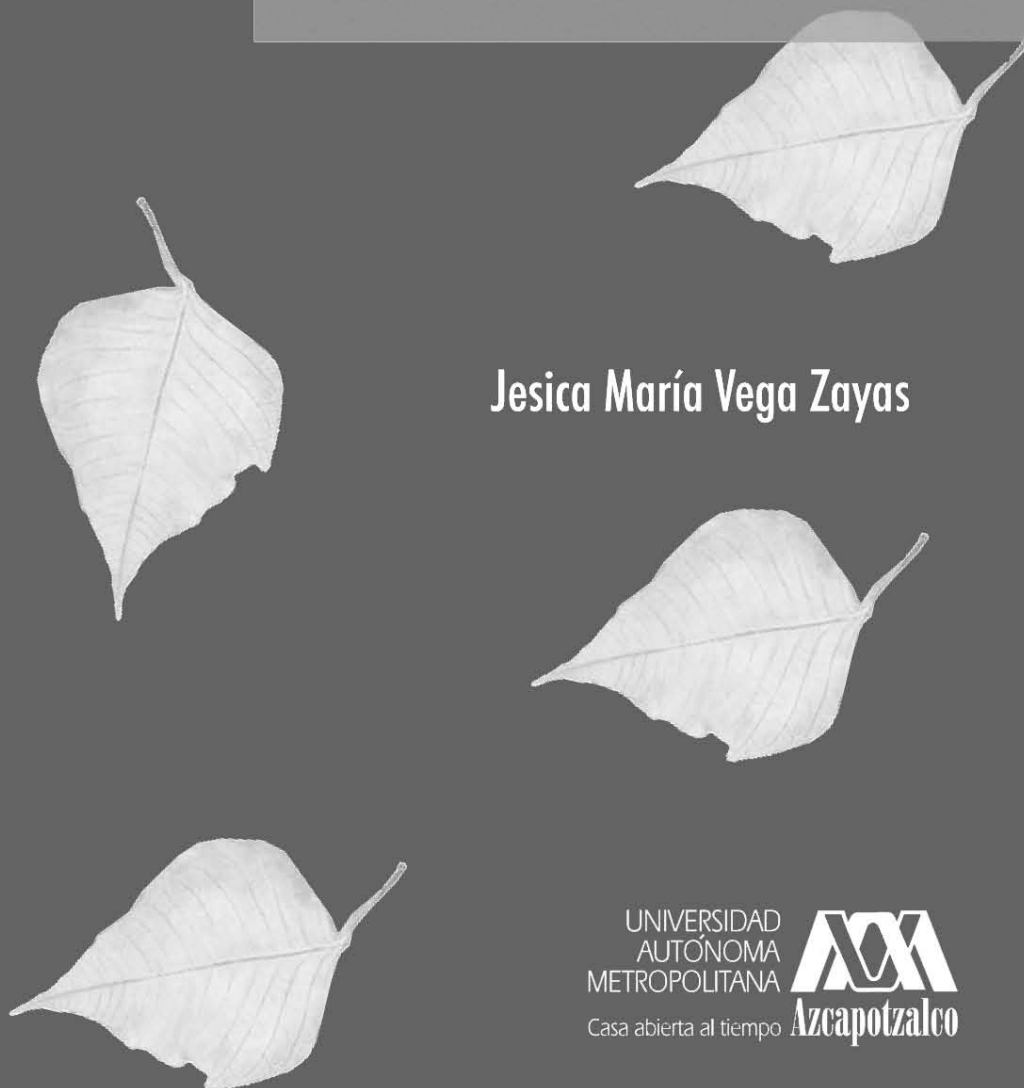
El Ejército sabe obedecer y no existe una ética del transeúnte, quien hace uso de su derecho a circular, a estar, a ocupar un espacio sin importar la otra dimensión que constituye la amenaza, el riesgo de morir. Si te atraviesas, si te encuentras en tiempo y espacio, no se va a detener para dispararte, aunque vayas con tus hijos. Los intelectuales más avezados confunden estos hechos con equivocaciones o, en el mejor de los casos, con falta de preparación o ignorancia. No, la intención, el dispositivo, el fuera de texto, lo marginal del viaje de la periferia al centro, es lo que delata al proyecto del Ejército, es el blanco de la población civil, a la par de las bombas inteligentes del Ejército norteamericano en sus múltiples guerras que asesinan a la población civil por una equivocación, de logística o de cálculo. Bombas inteligentes que asesinan a los seres humanos victimizados y nunca dan en el blanco militar.

Así la verdadera intención del Ejército mexicano es el control social de la población abierta, para que sepamos y estemos convencidos a partir de la implantación del terror, de la necesidad del Ejército en la calle y de que entre a nuestras casas para corroborar que somos culpables y que tenemos que comprobar nuestra inocencia, por vivir en intimidad una vida propia. A costa de la mutilación, de la decapitación, de la desaparición de lo único que suponemos nos queda: la habitación y el dominio de nuestro propio cuerpo.

Saberes

La seguridad pública en la era moderna y contemporánea

Jesica María Vega Zayas



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA



Casa abierta al tiempo

Azacapotzalco